

Edwin Guzmán Ortiz:

Infracuentos, narratorios y mitómanos

El destacado escritor orureño nos presenta un lúcido ensayo sobre narradores y narraciones



(PRIMERA DE TRES PARTES)

El primer narrador empezó a decir no las primeras palabras, si la primera narración, para ver qué se podía ver a través de ella. Y esa narración, o la prolongación tentacular de esa narración continuó jugando a las variantes; otras palabras que sumadas a las anteriores trajeran otras, multiplicándose en matices, olores, colores e historias.

De esta manera se fue haciendo carne el verbo, en una tupida trama de pronomeros y sustantivos, de condicionales y adjetivos, de sujetos y predicados, articulándose entre sí. Los escenarios se irgulieron a través de una suerte de diccionario imposible: nombrar todo lo que estaba ahí: pumas, kiswaras, sombras, lagos, piedras, hormigas y por si fuera poco nombrar cada piedra, cada montaña por su mismidad o analogía.

Los personajes fueron dioses o héroes en la boca de los hombres. Hombres o demonios en la boca de los dioses. ¿Mas, quién contó la primera historia?, a esta altura, difícil saberlo. También los animales se fueron haciendo personajes, los lagos, el espectro vacilante de las sombras al atardecer. Se juró haber visto gorgonas, Lari-laris, Trolls, ángeles, y se los clavó en la médula de las palabras para que circularan redivivos por los siglos. Los personajes de que disponía al principio el narrador eran pocos: el padre, la mujer, la madre, el hermano, la cuñada, el zorro, la paloma.

Como en la misma vida, estos personajes se dieron a la tarea de nacer - qué va - de ser presentados incluso antes del nacimiento; de morir, de copular, dormir, incendiar entre los sueños ciudades y los propios sueños para redescubrirse desnudos aquí en este mundo, mundo y lirondo. Se dieron a la tarea de adorar, de asesinar, de buscar en el lecho de las sombras su propia identidad, de mirar cómo su rostro era arrastrado por el río, cómo su cuerpo era arrastrado por otros cuerpos al desencuentro de sí mismo. Se dio a la tarea de ir a la guerra, de amar, de repartirse a dios con diferentes nombres en nombre del vacío. De sumar, de errar y errar, de retornar y de mirarse pronto en un espejo con una palabra invisible en la mano. Y también se olvidó de ser personaje y empezó a caminar al encuentro de sí mismo traman-

do filosofías, construyendo con palabras temblorosas un rostro, un destino, una huella que le revelara la razón de su tránsito.

Y así fue que el narrador se dio a la tarea de explorar las relaciones que diseñaban sus palabras y de este modo pudo combinar los personajes con las acciones, y también los objetos a los cuales los actos hacían referencia. El resultado fueron diferentes historias, arquitecturas diversas, fantasías sin límite. Juegos de analogías y danza de oposiciones: la vida y la muerte, la soledad y el amor, el día y la noche, la plenitud y el vacío, la realidad y el sueño, la vesania y la locura, el ser y el parecer, los unos en los otros los otros en ninguno, con sus zonas de repliegue y su voluntad de mostrar en los opuestos el otro lado de las cosas. Y las narraciones fueron aún más allá, trascendiendo la polaridad abrazaron la locura con la lucidez y la muerte con la vida y a dios con el demonio y el amor con la soledad y de este modo se acercaron más a los hombres. Y más aun, llegó el momento que las palabras se hicieron transparentes y pudo verse el otro lado de las cosas: o, en el otro extremo de la invención sólo voces, rastros, hábitos, espermatocidad en las lindes de la historia.

Las narraciones empezaron a proponer mundos paralelos, otras formas de existencia. Tomadas de la vida, sacadas y sonsacadas de la trama incesante de los días, se les dio un nuevo sentido, se armó una troupe de personajes dentro el juego de una acción, y se maquilló una búsqueda, una utopía, y de este modo la humanidad empezó a mirar en esa dirección, empezó a darse cuenta que la imaginación a su modo construye horizontes.

Simulando zonas de pasaje entre las comarcas gramáticas y las comarcas dramáticas abrieron la compuerta a la realidad de las prohibiciones, los tabúes, las transgresiones, la magia, los órdenes normativos, pero también al incesto, al anatema, la Interdicción y la violencia simbólica. La tijera del lenguaje corta y recorta las otras formas del lenguaje; dialoga e impone, transa y verbaliza la ilusión de la conformidad con una máscara de enigmas. Más aquí, el silencio, más allá, quién sabe... Que dios detrás de dios la trama emplea, Borges dixit.

Y de este modo, fue el relato. Díoses y

hombres decidieron fundar religiones y sistemas a través de una historia que reflejara sus visiones. El mito, las teologías, cosmogonías, las escrituras sagradas y las propias filosofías no dejan de albergar cuentos sagros o profanos; dioses que marcan su propio territorio, héroes solares, ninjas, niñas y seres fantásticos que buscan redención o el sacrificio.

En no pocas religiones el lenguaje es el padre, como la Ley. En su escenificación alternativamente danzan Shiva, entre los torbellinos del caos, el Buda vaciado de lenguaje y formas, las verbalizaciones del Yatíri. YHWH (Yehowa) -el impronunciable- el verdadero Dios de las escrituras que exento de vocales, y ungido de un tetragrama de consonantes se desdobra en tres personas. El Dios abstracto de Israel, decantado de las apariencias, pura palabra; como el antiguo y el nuevo testamento, puro cuento, es decir, puro acontecer en su más piadosa y flagrante literatura.

Para narrar el mito - resiere Italo Calvino - es indispensable exclusivamente la voz del narrador al centro de una reunión primordial y cotidiana. Son imprescindibles lugares y momentos especiales, reuniones particulares. Tampoco es suficiente solo la palabra, es necesario además la sintaxis de ademanes, gestos, signos polivalentes, es decir, el rito. El mito vive de las palabras pero también del silencio: un mito tiene el poder de manifestar su presencia en el relato profano, en las palabras cotidianas: es un vacío del lenguaje que aspira y succiona las palabras en su torbellino y da una forma a la fábula. Este punto de vista sobre los dioses y el universo sitúa a los hombres en un horizonte cósmico de valor y sentido; épica y poética conjuncionados en la enunciación de historias donde los hombres reflectan y esparcen las semillas de la revelación.

(Continuará)

